



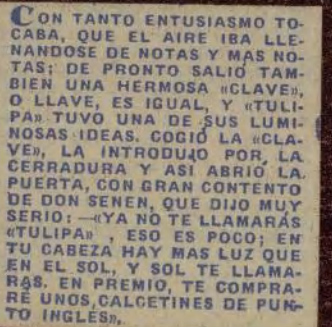
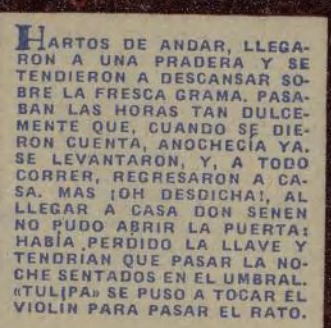
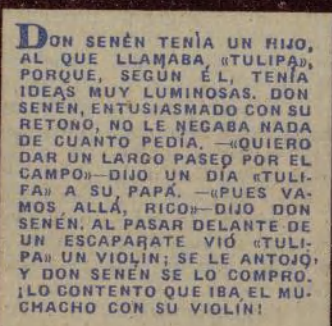
Jeromin

AÑO II

Revista para los jóvenes

MADRID

NUM. 65





Cuando el anciano Daniel supo la noticia le pareció que el cielo se juntaba con la tierra, y negó con toda la energía que era capaz: «¡No, no! ¡Mentira! ¡No puede ser! ¡Decirme que es mentira!» Y como viera que los vecinos que le habían comunicado la noticia, para él fatal, no negaban, el triste viejo se dirigió hacia ellos, exclamando: «¡Si no puede ser! ¡Si me estáis engañando! ¡Mi hijo no puede haberse escapado!» Pero luego, rotas sus energías, deshechas sus fuerzas por la emoción, el bueno del tío Daniel dejó caer vencido, troncado por el rudo imaginar, y sus sollozos, hondos y sinceros, fueron desgarrando la profunda amargura de sus pala-

bras en una amarguísima lamentación: «¡Hijo, hijo, mi hijo! ¿Por qué te fuiste? ¿Qué te hice yo...?» Y uno de los vecinos, más piadoso, le puso la mano en el hombro, dejando caer al tiempo las palabras dulcísimas, llenas de piedad:

—¡Sea usted hombre, tío Daniel. El volverá!

..... Pero no volvió... El mozo, viendo en su padre el obstáculo a su felicidad, mejor dicho, creyendo que, por culpa del padre, era por lo que no se realizaban sus ilusiones, había huido lejos, muy lejos, alistándose voluntario para ir a la guerra y decidido a

dejarse matar en ella. Y como vosotros, mis queridos lectores, no sabéis aún el principio de esta verídica historia, voy a relataros muy por encima los principales pormenores de ella, para que veáis cómo Pepe, que así se llamaba el hijo del buen Daniel, habíase equivocado al hacer lo que había hecho.

Escuchad:

El anciano Daniel vivía en aquel pueblecito de la costa una existencia feliz al lado de Pepe, su hijo, que sólo alegrías le proporcionaba. Cierta día Pepe se enamoró de Mary, una gentil vecinita que vivía con sus tíos, los más ricos vecinos del pueblo. Unos meses duraron sus relaciones, felices



y dichosos en sus puros amores, hasta que los tíos de Mary se enteraron y decidieron cortar aquellas, pues a su riqueza unían el ser ruines y avaros, hipócritas y malos, y querían aumentar su poderío casando a Mary con un rico, en vez de con aquel muchacho, que carecía de bienes materiales. Y como no encontraban un medio para romper, pues Pepe era bueno y cristiano, honrado y trabajador, en sus almas ruines e innobles surgió la idea de ir infiltrando en el corazón del joven el veneno de la calumnia: «Mira, hijo—le decían—: tu padre habla por ahí muy mal de nosotros y de nuestra sobrina, y esto nos duele mucho.» Y con estas y parecidas maldades

iban empozoñando la vida de Pepe, a quien aquellas mentiras, que él, en su ingenuidad, creía como verdaderas, le hacían sufrir terriblemente. Pero buen hijo, sobre todo, era incapaz de decir nada a su padre, a su pobre padre, que, intranquilo por la tristeza que en su hipo adivinaba, le preguntaba, ansioso: «¿Qué te pasa? ¿Estás enfermo?» Y, al responderle siempre que nada le ocurría, el buen anciano acababa por abandonar la habitación moviendo la cabeza melancólicamente, incapaz su noble corazón de imaginar la trama indigna que sobre él tejían los infames.

Hasta que un día, comprendiendo los tíos que había que forzar los acontecimien-

tos, cortaron de raíz las esperanzas de Pepe, diciéndole: «Mira, hijo: nosotros lo lamentamos más que nadie; pero como tu padre sigue zahiriéndonos y considera deshonorosa tu unión con nuestra sobrina, hemos resuelto que esto concluya, y damos por terminadas vuestras relaciones.» Y viendo, por el desconsuelo del infeliz, que la superchería había producido efecto, remacharon sus maldades, insinuando al pobre mozo sus perversas intenciones, haciendo como que ponían un gran dolor en sus palabras: «Esta tarde sale un barco para las posesiones españolas. Hay guerra, y admiten voluntarios. Vete allí; tal vez puedas olvidar y, a lo mejor, cuando regreses, tu padre, que



es el que se opone, habrá cambiado de parecer. Créenos a nosotros, que te queremos; vete; vete; el tiempo y la distancia matan los odios y las penas.» Y el desgraciado, con lágrimas en los ojos y con el alma rota por el cruel desengaño, había partido media hora después para aquellas lejanas tierras, en donde imperaban la guerra y la muerte; sin despedirse de su padre, creyendo a pie juntillas que era él quien tenía la culpa de su desgracia.

Y cuando el barco salía del puerto, los tíos de Mary, a la que habían ocultado la verdad, teniéndola también engañada, contemplaban desde una ventana cómo se alejaba el buque que conducía al misero vo-

luntario y reían diabólicamente, exclamando:

—Vete, vete, infeliz! ¡Te hemos apartado y hecho aborrecer los dos cariños que tenías! ¡Vete y no vuelvas, pues si vuelves encontrarás a nuestra Mary casada con quien nosotros queremos y un padre que te maldecirá. ¡Vete, vete! ¡Ja, ja, ja!

Y, mientras tanto, el pobre anciano, el desgraciado padre, el misero tío Daniel, sin sospechar la traición del que tanto amaba, gemía desolado:

—¡Hijo! ¡Hijo! ¡Mi hijo! ¿Qué te hice yo?

..... Y al otro día el viejo Daniel subía peno-

samente la cuesta que conducía a un monte altísimo, que, como un vigía, hundía en el mar su mole de piedra.

Al tremendo peñasco aquel se retiraba, no queriendo pisar más el pueblo donde tanto había sufrido, a ocultar en aquel retiro su dolor infinito, a llorar con lágrimas amargas el abandono de aquel hijo en quien puso sus anhelos y sus ilusiones todas. En la cima del monte, dominando el mar desde la altura prodigiosa, el anciano Daniel empezó a construir una casita, empleando para ello los ahorros que había guardado para el hijo; y, con sus manos encallecidas...

(Continuará.)

(Churrete va en última plana.)



EL MEJOR ARGUMENTO CONTRA LOS IMPIOS ES EL RIDICULO

De ordinario, cuando una mujer pierde la vergüenza es siete veces peor que el hombre, y lo mismo ocurre cuando pierde la fe. En cierta ocasión iba en un coche del tren una de esas desgraciadas, y, echándose las de arriba, al ver a un sacerdote que también iba en el coche, comenzó a decir tantas y tales sandeces en contra de la religión, que los demás viajeros se admiraban de la paciencia del sacerdote, que no respondía a las provocaciones y barbaridades de aquella mal educada e ignorante. Al fin, uno de los viajeros se dirigió al sacerdote diciéndole: «¿Por qué no contestáis a lo que dice esa mujer?» A lo cual dijo el sacerdote: «Señores, no se extrañen de mi silencio: cuando la burra de Balaan habló, el Profeta guardó silencio.» Todos los concurrentes celebraron con una estrepitosa carcajada tal salida del sacerdote, y la mujer, corrida de vergüenza, no volvió a abrir la boca en todo el camino.



JUEGOS DE NIÑOS

PARALISIS GENERAL

En este juego pueden tomar parte niños y niñas en número variable. Por sorteo, se elige un director, que debe tener una campanilla o un silbato. El director da licencia para que cada cual se entregue al juego que quiera, y hable lo que le venga en gana. Cuando más entretenidos están los jugadores, el director toca la campanilla o el silbato, y todos deben suspender el juego, quedando en la postura en que le cogió el toque, y pronunciando sin cesar las dos últimas palabras que hubiera pronunciado al sonar la campanilla o silbato. Y así, en la postura indicada, sin variarla, y pronunciando las palabras que sean, deben estar todo el tiempo que desee el director. El que al sonar el toque siga moviéndose o hablando, paga prenda. Y lo mismo el que varíe antes de que dé licencia el director.



RECREOS CIENTÍFICOS

EL CUBILETE Y LOS DADOS

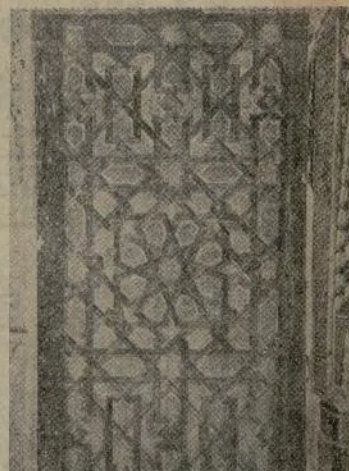
Un entretenimiento bonito es el que hoy explicamos. Se coge un vaso y dos dados, en la forma que indica el dibujo (fíjense que el dado superior debe estar suelto, sólo apoyado en el inferior). Hecho esto se trata de introducir, sin subir la mano, los dos dados en el vaso. La cosa no es tan fácil para el que ignora el procedimiento. Veamos cómo se logra. El primer dado se le entra con facilidad: basta, con un movimiento de la mano, lanzarle para arriba y recogerle, al caer, en el vaso. Con el segundo no puede hacerse igual, porque, al hacer el movimiento de lanzamiento, se saldría el dado primero del vaso. ¿Cómo, entonces, se logrará introducirle en el vaso? Fácilmente; basta dejarle caer y bajando, al soltarle, rápidamente el vaso, esto es, con más rapidez que cae el dado, se le recoge fácilmente en el aire.

Con unos cuantos ensayos estaréis listos para lograrlo.

ESPAÑA MONUMENTAL



La Alhambra.



Las fotografías de hoy representan: la primera, el magnífico patio de los Leones, un detalle de la misma, y la cuarta, puerta desde la Sala de dos Hermanas; la segunda, la Sala de dos Hermanas; la tercera, la Sala de dos Hermanas.

«JEROMIN» ES LA REVISTA QUE TIENE MEJORES DIBUJANTES

Repollo



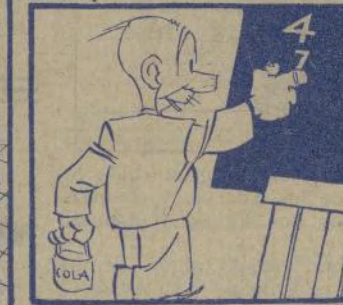
Repollo es estudiante y va muy diligente a examinarse, seguro de sacar buenas notas.



Le plantean un problema; pero no le dan tiza para resolverle en la pizarra.



Con su portentoso ingenio resolvió la dificultad: con papel y tijeras hizo los números.



Pidió luego un tarro de cola al bedel y fué pegando los números en la pizarra.



Así se ganó el premio extraordinario: la calabaza más grande que se encontró en el mercado.



Cuentos fantásticos

AVENTURAS DEL PRINCIPE
FRANCHIPANA

(Continuación.)

«La felicidad está encerrada en un huevo.» Esta frase incomprensible, digna de nuestro contemporáneo Pepe el Huevero, sumió al príncipe Franchipana en profundas meditaciones, y Pastelón declaró, frotándose las manos con viva satisfacción, que en adelante, si Dios le daba salud, no comería más que tortilla para ver si en alguno de los huevos con que se hiciera estaba encerrada su felicidad.

Sin embargo, como en los viveres que habían llevado de la capital del país de los Trompetas no había ni remembranza de huevos, por aquel día tuvieron que contentarse con aquel alimento, aplazando para otro momento la curiosa experiencia que deseaban hacer.

VIII

Terminado el almuerzo volvieron a montar en sus avestruces, y continuaron su viaje de aventuras.

La noche les sorprendió en medio de los bosques.

Pastelón estaba muy satisfecho y regocijado; pero de buena gana hubiera dado algo bueno, caso de tenerlo, por hallarse cómodamente sentado a la mesa del rey Turrón XIV, o aunque hubiera sido delante de la más modesta de Pitón IV.



A media noche oyeron un gran ruido lejano, parecido al de los truenos, y comenzó a caer a intervalos una espesa y menuda lluvia.

Después de haber vagado algún tiempo por la obscuridad, el Príncipe y su escudero divisaron una luz vacilante entre los negros y apretados árboles.

Guiados por ella, abandonando las monturas, se dirigieron más que de prisa hacia el sitio donde brillaba la lucecilla.

Pronto hallaron la recompensa de su fatiga; al final de una larga avenida encontraronse delante de una casita, pero ¡qué singular casita!

No tenía más que tres lados con fachada; el cuarto lo formaban unos barrotes de hierro, y en medio de esta especie de verja veíase una entrada, pero sin puerta para cerrarla.

Sin embargo, en el interior de la casa ardía en la chimenea buena cantidad de leña, había una cama perfectamente hecha, y sobre la alfombra se veían unas hermosas pantuflas.

—¡Bendito sea Dios!—exclamó Pastelón—. Aquí sí que podemos pasar una buena noche.

—Pero—dijo el Príncipe—esta casa no es nuestra y no podemos disponer de ella; esperamos que vuelvan sus dueños, que sin duda habrán salido a dar un paseo y no tardarán en venir.

—No, no—replicó el fiel escudero, recordando la amenaza del viejo pastor—; la tempestad descarga con fuerza, nos estamos poniendo como una sopa, y lo más prudente es que nos metamos bajo techado, puesto que el cielo nos depara tan bella ocasión. Entrémos... y que esta muralla de barrotes de hierro me proteja contra los aires colados.

Y diciendo estas palabras, Pastelón, levantando los ojos, vio colgado de una escarpia en el techo un apetitoso jamón de Trevélez.

—¡Oh, qué gran hallazgo!—exclamó.

Y sacando su cuchillo, aproximó un taburete sobre el que se subió, y se dispuso a cortar una enorme magra de jamón.

¡Patatrás! ¡Piff! ¡Paff! ¡Pan! ¡Bum! ¡Bum! Oyese el ruido de una trampa, deslizándose por las ranuras, y una puerta de barrotes de hierro, semejante a la cuarta muralla, cayó y cerró herméticamente la abertura que servía de entrada a la casita.

—¡Caí en el garlito!—bramó Pastelón.

En efecto; a pesar de todos los esfuerzos del príncipe Franchipana, que se había quedado fuera, unidos a los del pobre escudero, la puerta no se podía abrir, y Pastelón quedó perfectamente encerrado en la ratonera.

Un instante después extendióse una espesísima sombra negra sobre la casa y ésta desapareció en el aire.

El Príncipe, aunque era, como se ha visto, valeroso, quedó mudo de espanto en presencia de tan súbita desgracia, y en verdad os digo que le faltó poco para echarse a llorar. En toda la noche se movió del sitio de la catástrofe, esperando con ansia la venida del día.

IX

Vino, al fin, el día tan deseado, y como temía el bueno del Príncipe, no vio por allí ni rastro de la casita que había servido de ratonera a su escudero Pastelón.

(Continuará.)



—¡Mezquina es tu existencia— a un humilde rosal dijo una encina; pues arrastras al par de mi opulencia, tu existencia mezquina!

De una santa en las fiestas planceteras, bajaron a coger unos pastores ramaje de encina para hogueras, y del rosal, para la imagen, flores.

Ornó el rosal la imagen peregrina, y entonces me presumo que mirando en la hoguera arder la encina exclamó al darle el humo:

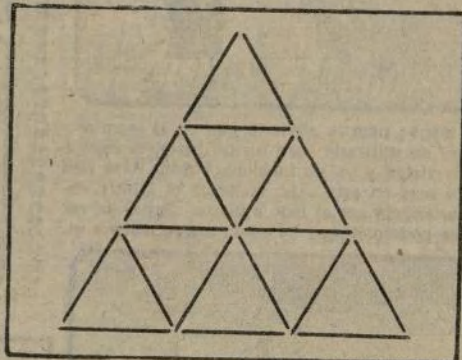
«No afrentes al humilde con tu fausto, que el día de la prueba, en acto innoble, con ignominia doble, tal vez sirvas de incienso a su holocausto.»

CAMPOAMOR

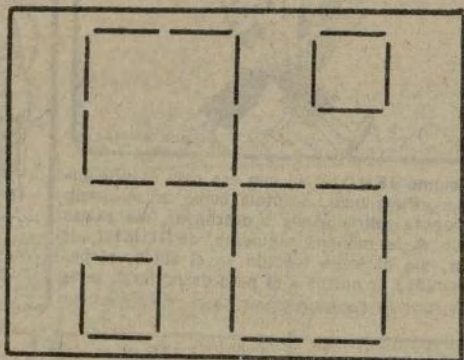
Ayuntamiento de Madrid

Queri 2 A gitos: Una
prueba D bruma edu Kción
E del PTOA ma
yo de edad y 11 tie
R men A TN
ed. en 125 que el bien EE
tar que dis is se lo D
bers a LALA Gneracio NE
que van Dlan de voso-
tros. Ellas ban el
D de triab de su su an-
Cso lo ban AU
menta con su laborio.
NOTA dad y os lo legam G
ne D amen To pu
EE se lo D bers a lo lo ma-
yores: RERE Ptad 100. Peromin

PROBLEMA



Quitar seis líneas de forma que queden sólo cuatro triángulos.



Solución al problema del número anterior.

ACERTIJOS Y ADIVINANZAS

1.º Es verde y no es del huerto, tiene marcas y no es del mar, tiene barbas y no es Capuchino, si no te lo digo, Alberto, no lo vas a adivinar.

2.º ¿Qué cosa nace hembra y muere macho?

(Las soluciones en el próximo.)

Soluciones del anterior:

- 1.ª En que empalaga.
- 2.ª La escopeta.

La España Gloriosa



(Continuación.)

agrado, cuando, vacante el cargo de confesor de la Reina Isabel la Católica, el Cardenal Mendoza, habló a ésta, ponderando de tal manera las dotes de ciencia y virtud de Cisneros, su antiguo vicario, que la Reina le eligió por confesor y por consejero, obligándole a aceptar tan honrosa distinción, a la que se resistió. El amplio campo del reino de Castilla, en el que, por entonces se planeaban y se resolvían tan gloriosos y magnos acontecimientos que llevaron a España a ocupar el primer puesto entre todas las naciones del mundo por su riqueza, por su ciencia, por su arte y por su virtud, ofreció ocasión a Cisneros para desplegar, de lleno, las grandes dotes con que estaba adornado. Fué elegido provincial de su Orden y visitó todos los conventos, corrigiendo con toda energía cuantos abusos encontrara y despojándolos de privilegios que realizaba la modestia y la disciplina. Desempeñando estaba este cargo, cuando murió el Cardenal Mendoza y la reina le propuso para el Arzobispado de Toledo. Conocía la reina la humildad de su confesor y sabía la resistencia que había de poner al cargo, así que, con todo secreto, obtuvo las bulas de Roma, y cuando las tuvo en su poder se las dió a leer a Cisneros.

Miró éste el encabezamiento, y al leer lo que decía, esto es: «A nuestro Venerable Hermano Fray Francisco Jiménez de Cisneros, Arzobispo electo de Toledo», dijo con brusquedad: «Señora, estas bulas no se dirigen a mí.» Y saliendo precipitadamente de la regia estancia, huyó de la corte. La reina mandó a varios caballeros para que le buscasen y le hiciesen volver; pero no pudieron lograr nada de su tenaz resistencia; fué preciso acudir a Roma, y el Papa le ordenó que, sin excusas y dilaciones, aceptase el nombramiento.

Ante el mandato del Romano Pontífice, Cisneros aceptó el cargo de Arzobispo de Toledo, cargo desempeñado de ordinario, en aquellos tiempos, por individuos de alto linaje, por lo que solían rodearse de un fausto y ostentación casi regio. La primera providencia del humilde franciscano fué expulsar del palacio arzobispal toda clase de lujo, repartiendo las cuantiosas rentas de la mitra entre los pobres y viviendo como había vivido en el convento.

Tal proceder dió lugar a muchas críticas y censuras, pues lo consideraron como un desprestigio para tan alta dignidad. Acudió de nuevo la Reina al Papa, a fin de que le amonestara, y Alejandro VI le indicó que «en su porte exterior guardara formas que no rebajasen su dignidad ante el pueblo». Aunque con disgusto, no tuvo Cisneros más remedio que abrir de nuevo las puertas de su palacio al fausto, celebrando en él las fiestas y banquetes tradicionales; pero él no cambió de género de vida y siguió comiendo frugalmente y durmiendo en un humilde jergón. Toda su actividad y talento los consagró al bienestar y progreso de la vida espiritual del Arzobispado. Escribía catécismos y mandaba imprimir con profusión libros litúrgicos, que repartía entre las iglesias pobres. Con singular energía reformó las Ordenes religiosas, empezando por la suya, quitándoles los privilegios, que falseaban y degeneraban la austeridad y pureza de la re-

(Continuará.)

ANDALUCÍA



Parecido.—¿En qué se parece JEROMÍN a un elefante?—En que JEROMÍN tiene colmos y el elefante colmillos.—F. S. Sánchez (Toledo).

Chiste.—Oye, chico: ¿Tú crees en las enfermedades hereditarias?—¡Quí, hombre! Figúrate que mi padre murió de indigestión, y yo me estoy muriendo de hambre.

Colmo.—¿Cuál es el colmo de la oratoria?—Hablar por los codos.—José Calpe. Burriana (Castellón).

Chiste.—Exclamación de un cesante en su buhardilla: ¡Todos se quejan de que les suben el pan, y a mí nunca me lo suben!—G. Martín. C. Rodrigo (Salamanca).

Parecido.—¿En qué se parece una barbería a un ejército?—En que tienen oficiales. M. Murillo. F. Ovejuna (Córdoba).

Parecido.—¿En qué se parece una navaja

a un buque?—En que los dos tienen cascos. F. Valdivia (Granada).

Chiste.—¿A que no sabes por qué la cigüeña levanta siempre una pata?—... ¡Porque si levantara las dos se caería!—J. Carriazo. Verín (Orense).

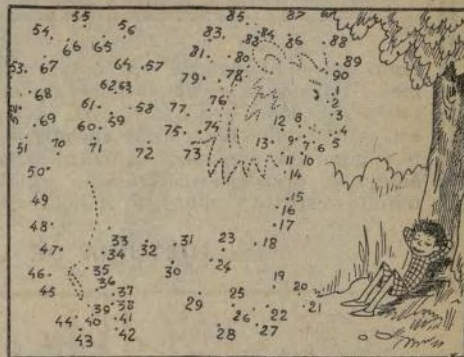
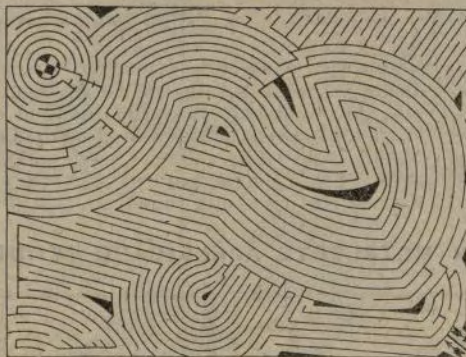
Parecido.—¿En qué se parece un guardia de la «porra» a un pájaro?—En que a cada instante hace piiii.

Colmo.—¿Cuál es el colmo de un nadador?—Saber nadar muy bien y ahogarse... con una espina.—C. Bernal (Salamanca).

Parecido.—¿En qué se parece una pulga a un herrero?—En que los dos pican.—A. Domedel (Taragona).

Parecido.—¿En qué se parece un seminario a un hospital?—En que en los dos se hacen curas.—J. Cancio.

ROMPECABEZAS



1.º Hay que entrar y salir por donde indican las flechas.

2.º Unid los puntos del 1 al 90 y veréis el peligro que corre JEROMÍN.

LA MAS AMENA

Jeromin

LA MAS INSTRUCTIVA

REVISTA ILUSTRADA PARA JÓVENES SEMANAL CON CENSURA ECLESIASTICA DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN CALDERÓN DE LA BARCA, 4. MADRID ••• TELÉFONO: 18491 •••

PRECIOS DE SUSCRIPCIONES, UN EJEMPLAR, AÑO 5,20; POR PAQUETES, A RAZÓN DE 8 CÉNTIMOS EJEMPLAR

♦ LOS PAGOS ADELANTADOS ♦





Unwin, hijo de un comerciante, se deslizaba silenciosa y cautelosamente por la valla de una fortaleza romana a fin de salvar a Ulf, jefe de los bretones, que había sido preso a causa de una emboscada que le tendieron cuando hacía una expedición, y que se encontraba atado a un muro, cerca de un puesto de guardia. Cuando estuvo cerca de él, Unwin per-



cibió el rumor de la conversación de los centinelas, que estaban cerca de él. Pero esto, lejos de producirle miedo, le animó más a continuar y a concluir con la difícil empresa que había emprendido. En seguida que se encontró al lado del bretón, le cortó las cuerdas que le amarraban al muro y le ordenó con voz imperceptible que le siguiera. Cuando Ulf se



vió libre de las ligaduras estrechó la mano cariñosamente a su salvador, y dando una ojeada hacia el lugar en el que se encontraban los soldados, y al darse cuenta de que éstos de nada se habían enterado, emprendió una rápida y silenciosa carrera; entretanto, Unwin cogió una lámpara que allí tenían los romanos y salió corriendo detrás de Ulf. En aquel



momento, deseando uno de los soldados dar un vistazo al prisionero, se encontró con la desagradable sorpresa de que éste huía en compañía de otro, por lo cual llamó rápidamente a su compañero. «Nuestro prisionero ha sido puesto en libertad por un amigo; es necesario que no se nos escape», y diciendo esto fueron inmediatamente en su persecución.



Alzando todo cuanto pudo la lámpara, Unwin continuaba su carrera a través del campo, subiendo y bajando cuestras, en tanto que Ulf ondeaba su manto a fin de que los romanos no les perdieran de vista. Detrás de ellos se oían ya los gritos cada vez más cercanos de sus perseguidores. Por fin, después de algún rato, consiguieron llegar a la orilla del la-



go, y, una vez allí, después de orientarse bien por donde tenían que ir para llegar al campamento bretón, Unwin se lanzó al agua y, teniendo por una mano la lámpara, siempre encendida, cargó a sus espaldas a Ulf, ya casi desvanecido, y comenzó la travesía del lago. «Ahora podrás saber por qué he traído la lámpara con nosotros—dijo Unwin a Ulf, en



tanto que le ayudaba a salir a tierra firme—. Gracias a la lámpara los romanos saben por dónde vamos, y como el lago está alumbrado, no tendrán inconveniente alguno en prepararse a cruzarlo con ánimo de prendernos.» Durante algunos minutos estuvo alumbrando el lago como



si esperara a alguien, y cuando, a cierta distancia, vió la sombra de los dos romanos, que ya habían realizado la mitad de la travesía, lanzó la lámpara al agua. Los soldados quedaron entonces en la mayor obscuridad, se desorientaron y, como es natural, tuvieron que renunciar a la per-



secución de los dos bretones. En tanto, éstos, después de una larga caminata, lograron llegar al campo bretón, donde fueron recibidos con grandes muestras de entusiasmo, pues se les consideraba perdidos.

HISTORIA DE UN MOZALBETE APELLIDADO «CHURRETE» (Continuación.)



Asustado el inglés salió corriendo y «Churrete» quedó solo y sin saber dónde estaba. Como no era cosa de estarse allí, empezó a caminar tierra adentro, y al llegar a una pradera,

vió clavado en el suelo una cosa que le pareció un paraguas; como hacía calor, se alegró mucho del encuentro y le cogió por lo que él creyó el puño. ¡Cuál no sería su sorpresa al ver

que se abría de pronto y se remontaba por los aires llevándose a él encima. ¡Era un pajarraco raro! (En el próximo número seguirá la aventura.)